

si se le espera considerándola como posible, es porque desde luego se ha considerado como deleitable. Si se odia algo, si se le huye, si existe esperanza o desesperación de escapar a ello, si se le teme o ataca, es porque desde luego se le ha considerado como penoso. Sólo en tanto que capaz de gozo o tristeza - el hombre es un ser de amor o de odio, de deseo o aversión, de desesperación o esperanza, de temor o de audacia, de ira, etc. Gozo y tristeza son las principales afecciones del alma, las pasiones maestras.

El Placer. Su naturaleza.

"El placer, dice Santo Tomás, nace de nuestra conjunción con un bien que nos conviene, cuando es sentido y conocido". Implica, pues, una cierta actividad del alma ya que es una reacción del apetito que señala la presencia de un cierto bien. Además, tal presencia debe ser percibida para que exista efectivamente contacto entre el apetito y el objeto en el cual se goza, por lo que tal presencia debe ser asimismo dichosa en cuanto tiende a perfeccionar al ser, completándolo de acuerdo con su naturaleza. Todo ello se comprende si se piensa en que todo ser tiende a su bien, es decir, a su desenvolvimiento de acuerdo con su especie. Cuando este desenvolvimiento - cualquiera que sea - ha terminado, el ser, reposando en él, encuentra su estado normal y su equilibrio. Para los animales, racionales o no, tal equilibrio o perfección adquirida se traduce en lo que denominamos placer, bienestar, alegría o delectación, siempre y cuando tengan el sentimiento o percepción de que lo adquirido constituye una perfección. Por otra parte, el contacto que se exige como condición del placer entre el apetito y el objeto en el cual se goza tiene aquí un sentido que se presta a diversas aplicaciones. Existe el contacto con un alimento cuando se le asimila; con un paisaje, cuando está bajo la mirada a distancia conveniente; con una fortuna, desde el momento en que somos dueños de ella, no importa donde se encuentre. Hay, pues, modos y grados diferentes que influyen en forma decisiva en las modalidades del placer. Por último, es necesario tener en cuenta que el desenvolvimiento obtenido por el contacto con los bienes, debe ser considerado precisamente como obtenido, y no como en vía de adquisición. El placer es una "entelequia", como la visión o la intelección, que están completas desde que son, sin extenderse en el tiempo, incompletas en el comienzo y perfectas en seguida. Que si los bienes que están sometidos al placer cambian, el placer cambiará también, sin que pueda decirse por ello que el placer se mueva ni que él sea un movimiento: varía en tanto que término de alteraciones sucesivas, siendo el mismo siempre en cada uno de los instantes en que se le considere, aunque siempre - otro, como los instantes sucesivos del tiempo.

Clasificación y jerarquía de los placeres.

Debemos distinguir ante todo los placeres sensibles de los placeres espirituales. Estos últimos no son pasiones, ya que no reconocen cómo entró a la sensibilidad, sino que constituyen operaciones puras de la voluntad una especie de adhesión del espíritu al objeto espiritual considerado como conveniente.

Entre los placeres sensibles se pueden distinguir dos especies: los placeres corporales-aquellos que resultan de lo que conviene a nuestra constitución física,-y los placeres extranaturales-llamados también alegrías,-que no resultan nunca de un feliz estado fisiológico o psicológico sino de una estimación de la razón.

Santo Tomás resuelve fácilmente el problema de la jerarquía de los placeres, colocándose en diferentes puntos de vista:

a) Si comparamos los placeres sensibles y los placeres espirituales, tomando en cuenta la calidad del placer que se experimenta en estas acciones, es abso

lutamente claro que tienen primacía los placeres espirituales. "Se experimenta, en efecto, mucho más placer en conocer una cosa comprendiéndola que en conocerla percibiéndola, pues el conocimiento intelectual es más perfecto en cuanto que a través de él la cosa nos es más conocida. Además, el conocimiento intelectual nos es más querido, pues no hay nadie que no prefiriese verse privado de la vista del cuerpo antes que privarse de la vista de la inteligencia".

b) Si consideramos ahora los placeres sensibles y los placeres espirituales en sí mismos, también tienen primacía los placeres espirituales. Esto se demuestra analizando las tres condiciones requeridas para que exista el placer: 1.- el bien en el cual se complace; 2.- el sujeto que se complace, y 3.- la relación entre ambos.

1.- El bien espiritual es en sí mismo mejor que el bien corporal, y nos es también más querido, como se ve en que los hombres se abstienen de las voluptuosidades mayores del cuerpo, a fin de no perder el honor, que es un bien inteligible y espiritual.

2.- Por lo que ve al sujeto, es evidente que la parte intelectual del alma considerada en sí misma, es mucho más noble y capaz de conocer que la parte sensitiva.

3.- Por último, el contacto mismo del alma en la parte intelectual y del objeto es más íntimo, más perfecto y más firme. Más íntimo porque el sentido se detiene en los accidentes exteriores del objeto, mientras que la inteligencia penetra hasta la esencia misma de la cosa. Más perfecto, porque el contacto de los sentidos con lo sensible implica el movimiento, mientras que lo inteligible está fuera de él, siendo los placeres de este orden todo lo que pueden ser a la vez. Más firme, porque los objetos corporales que nos agradan son corruptibles y pasan pronto, mientras que los placeres espirituales son incorruptibles.

c) Con relación a nosotros, son más vehementes (no superiores) los placeres sensibles que los placeres espirituales. Lo anterior se comprende porque lo sensible nos es más conocido - todo el mundo posee este conocimiento - y además porque lo sensible es un medio para el conocimiento intelectual. Por otra parte, los placeres sensibles - no olvidemos que son pasiones - implican una modificación corporal y se desean y buscan como una especie de remedio contra las aflicciones del cuerpo. Esto hace que los sintamos más intensamente y los recibamos mejor que a los placeres espirituales que no implican directamente ninguna modificación corporal.

d) En la comparación de los placeres puramente sensibles, podemos aplicar un doble criterio; el de la primacía de nobleza y el de la mayor o menor intensidad. Aquí es necesario recordar que con el nombre de placer sensible señalamos a todo aquél que procede de los sentidos - gusto, tacto, vista, oído, olfato - en tanto que éstos son órganos de conocimiento.

Santo Tomás considera los sentidos de la vista y del tacto. "Puesto que el placer del tacto es primero desde el punto de vista de la utilidad y el placer de la vista es primero desde el punto de vista del conocimiento, si se quiere comparar el uno con el otro, se encontrará que el placer del tacto triunfa absolutamente sobre el placer de la vista en tanto que el tacto se encierra en el interior de los límites del placer sensible. Es evidente, en efecto, que lo que es natural en cada ser es también lo que hay en él de más potente. Tales son precisamente los placeres del tacto hacia los que tienden los deseos naturales, como el del alimento, el de la generación y otros del mismo género.